

ATTILA BARTIS

# EL PASEO

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO  
DE JUDIT FALLER Y ANDRÉS CIENFUEGOS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A Séta*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1995 by Attila Bartis  
© de la traducción, 2016 by Andrés Cienfuegos Gómez  
y Judit Faller Leitold  
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda  
de Translation Fund of the Hungarian Book Foundation



En la cubierta, *Retrato de la señorita Jeanne Roberte de Domecy* (1905), de Odilon Redon

ISBN: 978-84-16011-87-2  
DEPÓSITO LEGAL: B. 311-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Tendría unos siete u ocho años cuando me fijé en cómo los gatos caían de pie. Yo era la única criatura de la casa. Aparte de mí, en las dos plantas vivían treinta y tres familias de ancianos, malos bichos llenos de odio, a quienes quizá otros tuvieran muchas cosas que agradecer, pero yo ninguna.

Alrededor del patio en forma de U y a lo largo de las acribilladas paredes había un pórtico sostenido por vigas. Cada tarde me paraba entre las dos astas de la U y arrojaba contra el mugriento empedrado el cubo de hojalata que servía para dar de comer a las gallinas en la parte del fondo. Inmediatamente atisbaba el centelleo de miradas rencorosas en las ventanas de las cocinas. En realidad no sentía ni placer ni miedo; simplemente dejaba caer el cubo sobre el empedrado de color ratón, desde la altura de mis hombros, y luego me quedaba allí, de pie, escuchando su resonancia. Seguíamos sin poder entendernos.

Complementé esta tentativa rudimentaria con la inclusión del cartero. Encontré el sitio justo en el que casi siempre le daría una patada al cacharro, mientras yo le contemplaba desde debajo de los andamios. El tipo, pasmado, se detuvo en seco bajo las vigas que servían de soporte a la escalinata, y sólo respiró aliviado cuando tras el estruendo causado por su torpeza, ellos fueron indulgentes con él. Luego intercambiaron unas palabras sobre mí, y desde el piso de arriba alguien le pidió que devolviese al gallinero aquel recipiente de hojalata. Al salir a la luz bizqueó, olfateó el olor a pino fresco de las vigas, algo que yo aprende-

ría de él, a pesar de que era un hombre entrado en años y gordo y no precisamente un ángel.

Esto es todo lo que pasó antes de lo de los gatos. Mejor dicho, también había encontrado en el desván una de esas bolas plateadas para adornar los árboles de Navidad, y cuando al volver al pórtico vi a alguien reflejado en ella del susto se me cayó. Se hizo añicos en el entarimado sin fregar. En cada uno de ellos se balanceaba mi cara en mil pedazos.

Resumiendo: en la parte trasera del patio había una hilera de cobertizos. Allí guardaban los restos de los combates como recuerdo. Parecían casetas de un balneario extinguido, aunque esta comparación se me ocurrió más tarde. Entonces ni la necesitaba ni me hubiese sido posible hacerla, pues aún ignoraba las tres palabras imprescindibles: *extinguido*, *balneario*, *caseta*.

Por las tardes merodeaban por allí varios gatos. A veces se podían ver hasta cinco en el tejado alquitranado del cobertizo. Y, siguiendo al sol en su andadura, por las noches se iban al desván y por las mañanas al fondo del huerto. En ese huerto había crecido la miriada de ajos queapestaba y a un tiempo daba vida a toda la casa. Al atardecer, nuestras familias se sentaban en los taburetes alineados a lo largo del corredor, ante la puerta de sus cocinas, y masticaban a palo seco algún que otro diente de la cosecha del año hasta que llegaba la hora de acostarse. Mientras tanto algunos hombres jugaban al ajedrez. En una de esas ocasiones oí que alguien decía lo de «caer de pie como un gato».

Los gatos permanecían allí tumbados hasta mucho después de la puesta del sol, pues el alquitrán preservaba el calor. Al marcharse, casi chapoteaban en él. Yo me sentaba en la escalera y aguardaba la llegada de la noche para ver cómo

se deslizaban hacia el desván. Allí se movían a sus anchas, pues los que se comían a las ratas eran ellos.

Me resultó difícil capturar al primero. Tardé dos días. Y estaba tan nervioso que no ponía la debida atención. Pero al final únicamente sentí decepción por la brevedad y sencillez del acontecimiento. Repetí la experiencia dos veces; luego encontré un saco de tela sobre el cual habían dejado secar los ajos en el desván. Hasta entonces no había sido capaz de atrapar a más de uno de aquellos animales, ni siquiera con mis rancios trozos de piel áspera de tocino.

El afilador vivía debajo de la escalera. Durante la guerra comenzó afilando bayonetas. En primavera sacaba a rastras su artilugio, que constaba de un fragmento de andamio, una piedra de amolar y un motor de lavadora, y lo cubría con una lona por si llovía hasta la primera noche del otoño, cuando volvía a guardarlo. O sea que en el centro de nuestro patio por las noches parecía que hubiera un enano de jardín nuevo, por estrenar.

De su barriga colgaba una bolsa de piel con cuchillos todavía sin afilar y otros echados a perder, pues sólo los escogía según se inspiraba. Algunos los afilaba varias veces; otros, nunca. Después de cada «labra» desaparecía detrás de una sucia cortina, y durante incluso media hora podía verse su sombra cuando encendía un cigarro, bebía o simplemente no hacía nada. Esa cortina parecía una pantalla de cine agitada a veces por el viento. Mientras, su maquinaria retumbaba en el patio, pues «de tanto conectarla y desconectarla se escacharraba».

—¡Yo todavía quiero seguir viviendo, mire usted por dónde! ¡Tengo derecho! ¡Constitucionalmente tengo derecho al trabajo, y no voy a permitir que Abraham se esca-

charre porque a su señoría le dé la gana!—respondía gritando todos los fines de semana a quienes, en nombre del domingo cristiano, bramaban contra él. A su artefacto lo llamaba Abraham por motivos afectivos.

Abraham hacía el ruido de siempre el día en que logré atrapar a tres gatos, até la boca del saco e hice un cálculo que parecía lógico: si en circunstancias prácticamente naturales un gato podía caer de pie, también podían hacerlo tres gatos aunque no vieses absolutamente nada.

Levanté el saco apoyándolo en mi regazo y lo subí trabajosamente por la escalera. Al llegar arriba no me quedaban fuerzas para lanzarlo bien. Cayó en picado sobre la máquina, que se desplomó junto al saco. Medio incrustada en la tela, la muela prosiguió dando vueltas, y una sustancia roja salpicó por todas partes el empedrado. Era la primera vez que veía algo semejante. Me agarré a la barandilla mirando fijamente la sombra palpitante del saco y la sangre de los gatos que brotaba de ella chorreando sobre los cantos pedrados; después me desmayé.

Al recobrar el conocimiento me encontré en el pórtico, con las piernas encogidas. Cinco viejos me pateaban de arriba abajo. Los demás simplemente observaban, algo más apartados. Algunas señoras me miraban desde las ventanas. Me miraban como si hubiera tirado al suelo con mucha fuerza un recipiente de hojalata. La mujer del afilador transportaba agua con dos cubos y baldeaba la sangre para que desaguara hasta la alcantarilla. Luego se llevó el saco y lo tiró a la basura que había en el portal.

No sé cómo, pero de algún modo entré precipitadamen-

te en la despensa y cerré la puerta con llave. Empecé a pronunciar palabras sin sentido. Cosas como santo, santo, incubadora, santo, incubadora, santo... A oscuras me encaramé a lo alto de dos cajas del ejército puestas una encima de la otra y, apoyándome en la pared enmohecida, con una cuchara devoré el azúcar que había en un saco de un quintal. Casi no me cabía en la boca. Durante dos días tragué enormes trozos petrificados y vomité melaza dulce, hasta que la monja forzó la puerta y me acostó en la cama.

Durante el día me observaban vigilantes; por la noche no encontré ya ningún gato. Aunque pude percibir la semejanza, para mí esencial, entre un gato y un pollo. Cuando me dirigí hacia el gallinero, todo estaba oscuro como una maldición. No llevaba ningún saco. Sentía curiosidad por los detalles. Bajé al sótano y, además de la lámpara, encendí tres velas para verlo todo bien. Utilicé un barril como mesa. Eché de espaldas al ave y sujeté con ladrillos las dos alas desplegadas para que no se moviese. El cuello y la cabeza se aplanaron, como correspondía, a lo largo de las tablas, que olían a vino. Tampoco yo sabía muy bien lo que iba a pasar. Agarré luego un trozo de ladrillo y, al estamparlo contra sus plumas, la sangre me salpicó la cara. Encrespó hacia adelante la cabeza, retorció después el cuello un instante y se desplomó. Aún palpitaban las membranas de sus ojos. Luego dejaron de hacerlo.

Advertí una hendidura profunda por la que salía todo lo que hasta entonces cubrían sus plumas. Me invadió la curiosidad; ¿qué iría a hacer ahora que había cambiado tanto? Aparté con cautela los ladrillos, primero el de un ala y después el de la otra. Era raro. No hacía nada más que estar tendida. Cogí el pico con dos dedos y le alcé la cabeza.

Igualmente permaneció tumbada. No me asusté. Esperé un poco y luego lo introduje todo en el agujero oscuro. Apretujé la herida, junté también las plumas y seguí esperando. Nada. Durante varias horas ni se movió. Agarré entonces aquel pollo muerto, lo estrellé contra el suelo y abandoné con rabia el sótano ensangrentado.

En la cama de cobre, bajo la imagen sagrada, me encogí sobre el colchón y me metí las sucias manos entre los muslos. Aún recuerdo la luz de la farola de la calle que se desparrramaba sobre mi cabeza e iluminaba el marco ovalado del cuadro. Sentí un latido caliente. Un latido que ni siquiera la mitad de un ladrillo podría parar. Allí estaba yo, yaciendo igual que sobre un barril.

Todavía no lo he dicho, pero el hombre con el que vivía se llamaba Eberhart. Me gustaba ese nombre aunque nunca lo llamé así. En cualquier caso, raramente nos hablábamos. Lo pronunciaba sólo de vez en cuando en soledad—Eberhart—, como por ejemplo aquella noche, al intuir que yo era mortal.

Eberhart era viejo, y las cuencas de sus ojos estaban obturadas de arena reseca. Y esa arena grisácea había sido recubierta por una membrana parecida al nailon, que brillaba y reflejaba perfectamente la luz de la lámpara. A veces, en el huerto, yo hacía montoncitos de tierra del tamaño de un globo ocular. Llegué a contar cuántas hormigas podían cobijarse en cada uno de ellos: de sesenta a sesenta y cinco.

Eberhart era mi abuelo y, antaño, había actuado en los teatros de ballet más famosos de las grandes capitales. Se había quedado ciego mientras bailaba.

—A partir de este momento, todo lo que mire me que-



dará más allá de lo que vea. Quizá sea éste un mundo nuevo—manifestó en el descanso de su último estreno al fuerte y joven reportero del fuerte y joven Estado. Luego bailó entero el segundo acto cometiendo tan sólo dos pequeños errores, y sus compañeros no comenzaron a sospechar que algo raro le ocurría hasta que, en vez de al club, se hizo llevar directamente al hotel.

En los periódicos de la mañana siguiente, que ya tuvo que leerle Edit, ponía: «¡Eberhart alude cínicamente a la desigualdad de oportunidades! Ahora, ante la amenaza de una guerra, no podemos ser tan generosos como para no considerar cualquier manifestación ambigua como una clara traición a la patria». Pero estos artículos sólo pude conocerlos mucho más tarde, en la biblioteca de Engelhard.

Todos los sábados bajaba una monja del convento, rallaba jabón amarillo en la olla de lavar y pasaba por agua hirviendo la ropa que dejábamos en la silla. Luego tiraba al retrete el potaje de legumbres enmohecido que había quedado de la semana anterior y preparaba otro igual. La mayoría de las veces la esquivaba. Vestía un uniforme; se llamaba Helga.

Rara vez dormía yo en el mismo sitio. La pared del fondo de la habitación estaba cubierta por un único y enorme cuadro. Enmarcado en negro, sólo se divisaba un lago, unas nubes y una luna llena. La densidad de las nubes absorbía la luz de las lámparas de cobre que sobresalían de la pared, por lo que un atardecer permanente reinaba en toda la habitación. La orilla opuesta no se distinguía; bajo el lago, junto a la orilla del lado más cercano, había siempre una silla con brazos tallada.